



el sueño africano

Lucero Rodríguez G. ©

E-book ganador del Premio Estímulos 2017, de la Secretaría de Cultura de Cali, Colombia

el
sueño
africano

Lucero Rodríguez G.®

el sueño africano

Lucero Rodríguez G.®

Libro ganador de Estímulos 2017,
reconocimiento otorgado por la Secretaría de Cultura de Cali
en la categoría de Literatura en Formato Digital

Fotografía: David Osorio

Diseño de carátula y diagramación: Álex Velasco

Corrección de estilo: Sandy Juhasz

ISBN: 978-958-48-2412-7

© Todos los derechos reservados de la autora,
incluidos los derechos de reproducción total o
parcial en cualquier formato.

lucerorodriguezg.wordpress.com

lucerorodriguezgarcia@yahoo.com

Impreso en Cali - Colombia. 2017



**Por señalar un
camino, gracias a:**

Bernardino Pérez, Pedro Dalmiro Márquez,
Rosalío Salgado, Gabriel Marimón, Andris
Padilla, Basilia Pérez, Carlos Cassiani,
Alfonso Cassiani, Yves Moñino, Armin
Schewgler, las huellas de Koffi Kôkô y el
fantasma de Catalina Loango.

Contenido

PRESENTACIÓN_____	9
I. KOFFI BAILA_____	11
II. ROSA DESAPARECE_____	13
III. DEL ORGULLO PROPIO AL PREJUICIO_____	18
IV. ANDRIS Y GABRIEL_____	23
V. LA GUERRA Y LA PAZ DE UN PUEBLO_____	26
VI. ESPÍRITU Y REVELACIÓN CIENTÍFICA_____	29
VII. BERNARDINO Y SU TIERRA_____	39
VIII. 'ERA UN SUEÑO QUE ÍBAMOS A CUMPLIR': ANDRIS___	44
IX. ¿X-BOX? 'TODO ME IMAGINÉ MENOS TERMINAR HACIENDO ESTO AQUÍ': GABRIEL_____	49

PRESENTACIÓN

¿Cómo explicarle África a quienes no son palenqueros? ¿Acaso sería como tratar de hacerle entender el cielo a un no cristiano o el nirvana a un no budista?

Hay quienes mantienen la antigua creencia de que volverán al continente negro después de muertos, otros guardan la esperanza de viajar antes de que ello ocurra y para eso ahorran por años o tratan de hacer contactos y le cuentan su sueño a cuanto visitante pasa por el pueblo; académicos, estudiantes, políticos, funcionarios, turistas.

Sin duda es allí, en el vertiginoso epicentro de virus mortales como el ébola y odios étnicos aún sin resolver, donde los palenqueros ubican el paraíso, su estado ideal del alma.

El sueño africano es una crónica contada en nueve breves relatos que giran alrededor del punzante deseo colectivo de viajar al continente negro por parte de muchos en San Basilio de Palenque, pueblo afrodescendiente de Colombia, humilde, pero rico en leyendas e historia; basado en los testimonios de quienes imaginan a África como un universo paralelo al Palenque.

Entre los relatos se encuentra el importante hallazgo de un grupo de genetistas de la University London College con la intermediación del etnolingüista francés, Yves Moïno, coincidiendo en

su recurrente idea, la de varias generaciones de investigadores que lo antecedieron y la de los propios palenqueros: *Hay unos primos en África*, al ubicar un punto exacto dentro de ese inmenso continente como el lugar de donde habrían sido arrancados; después de haberse buscado como una aguja en un pajar las raíces palenqueras por más de cuatrocientos años.

Rotulado por los medios como *el primer pueblo libre de América* y declarado por la Unesco como *Patrimonio Cultural de la Humanidad*, este escondrijo a cincuenta y cinco kilómetros de Cartagena de Indias no es el único ni el primero, pero es de los pocos palenques o asentamientos de esclavos fugitivos desde épocas coloniales, que sobrevive hoy en América con sus costumbres autóctonas y su propia lengua criolla.

Los estudios genéticos empiezan a divulgarse por el mundo a través de prestigiosas publicaciones científicas como *Proceedings of the Royal Society B*, mientras mujeres y hombres palenqueros, colombianos, caribeños y afrodescendientes, aún buscan la quintaesencia de su identidad perdida, entre los hilos de la realidad cotidiana y la ensoñación del reencuentro con sus primos perdidos.

Cómo podría pasar desapercibido lo singular que es la gente de este terruño, que de entrada le aclara al visitante hasta el nombre de su pueblo: *no es Palenque de San Basilio es San Basilio de Palenque porque el santo le pertenece al pueblo y no el pueblo al santo*.

Besar la tierra, llorar de emoción y abrazar a una mujer sin razón y sin tener idea de quién sea, eso, por ejemplo, pensaba hacer Bernardino Pérez, profesor de castellano e inglés y lengua criolla del Palenque, apenas tuviera la oportunidad de poner un pie en el Congo. Aquí empieza su historia y la de los hermanos que siguen el rastro de hilachas de pieles de tambores, palabras, semillas, supersticiones y cánticos antiguos.

I. KOFFI BAILA

Un día Koffi se arrodilló y mientras se contorsionaba como un poseído, todos se preguntaban dónde se había metido Rufino. El “profe” Bernardino estaba al borde de las lágrimas al igual que unas setenta personas que habían ido a ver a Koffi, el recién llegado de otro mundo a *Los recuerdos de ella*, el bar en la plaza del pueblo.

Rosalío, campesino y músico, como tantos de esos palenqueros presentes, se conmovió con el hombre que bailaba haciendo movimientos circulares con su torso sudoroso. Koffi rezaba una oración mientras salpicaba de ron a los que lo rodeaban. Rosalío admiraba todo en él, pero le molestaba que botara el trago y antes de que pasara por su lado se echó hacia atrás para que el preciado líquido no lo mojara.

Como el ritual estaba destinado a atraer almas africanas, Rosalío pensó que si hubiera visto una le habría preguntado por el esclavo rebelde Benkos Biojó: *¿Qué pasó con sus ancestros? Dime la raza de dónde él depende, dame el apellido normal.*

—Aunque no creo que el espíritu hubiera aguantado tantas preguntas.

Otro hombre, quien estaba cerca de Rosalío, se preguntaba: *¿Rufino?*

Rufino abría huecos en su roza¹ mientras Koffi golpeteaba su garganta con los dedos, emitiendo ese sonido que a mucha gente en el bar, como a Bernardino Pérez y a Rosalío Salgado, se les pareció al leco, ese trémulo canto gutural que sus abuelas entonaban cuando lloraban a sus muertos.

1 Finca o terreno en el campo.

Los palenqueros estaban fascinados con su presencia. Todo en él les era familiar, desde su cara hasta la inexplicable nostalgia del visitante, que pisaba por primera vez esa tierra. En medio del barullo cada uno especulaba algo distinto sobre aquel hombre:

—Koffi es hijo de un sacerdote que hacía vudú en Benín de donde es él.

—Viene de Francia, es un artista muy cotizado allá.

—Pero es de África.

—Todos venimos de África.

Koffi decía que el espíritu de los africanos nos rodea. —Rosalío imaginaba— *¿No habrá alguno detrás de mí?*

—¿Qué pasó con Rufino?, —gritó alguien más entre la multitud aquella tarde.

Por la solemnidad y el misticismo del momento todo en el bar de la plaza parecía un lumbalú² pero no era un velorio, por eso el fantasma de Catalina Loango³ no se apareció aquella noche como lo ha hecho desde hace más de cien años. Graciela y sus amigas de la banda de Las Alegres Ambulancias cantaron y Bernardino Pérez hizo coros, tocó timba y guasá con Oriki Tabalá, el otro grupo folclórico que también estuvo en el “kilombo” de ese día. Ninguno paró de tocar hasta que al fin Koffi se cansó de bailar con todo el mundo. Era una bienvenida para aquel extraño casi cercano, que ya se iba.

Koffi se secó el sudor, se puso la camisa cubriendo su sensualidad, se levantó del piso delicadamente como flotando sobre sí mismo y fue sacado de Barrio Abajo. En el monte Rufino se secó el sudor, se puso la camisa vistiendo su implacable virilidad, soltó la pala y salió para Barrio Arriba. Los más curiosos siguieron al enigmático

2 Ritual funerario palenquero de orígenes africanos, que incluye cantos, música y danza.

3 Mujer y mito que se perdió un día en las aguas de la ciénaga de Palotá y volvió a aparecer para el velorio de su padre, desde entonces se le ve en algún lumbalú.

artista mientras otros salieron corriendo a buscar a Rufino para presentárselo.

—¿Cuáles de las cosas de aquí se parecen a tu pueblo, Koffi?

—Este es mi pueblo, nada es diferente; la gente, las casas, todo.

—Rufino vení a ve' a uno que parece hermano tuyo.

Koffi Kôkô bailarín y coreógrafo, alto, de un sólido color negro, conocido en destacados y diversos escenarios de la danza contemporánea de Europa y África y Rufino Herrera, sembrador de maíz, yuca y ñame, alto y muy negro, bien conocido tanto en Barrio Arriba como en Barrio Abajo, se abrazaron.

—No nos parecemos ¡Somos iguales!, —se dijeron el uno al otro.

Ese domingo de diciembre de mil novecientos noventa y ocho Koffi soñó que estaba en su casa. Rufino y él eran el mismo aunque muchos palenqueros después cayeron en cuenta de que el artista beninés no se parecía tanto a Rufino como a José, su hermano.

Mientras se invocaban almas negras del pasado, a seis cuadras de Los recuerdos de ella, se mezclaban los sueños de Gabriel y de Andris, vecinos y hermanos *de distinta barriga*, como decían ellos. Para entonces eran dos niños que apenas tenían tres y ocho años y ambos soñaban lo mismo, que uno salvaba al otro del invasor colonizador, eso, y que estaban en África.

II. ROSA DESAPARECE

Después de su faena en el monte, la última vez que hablamos, Rosalío se quitó sus botas de caucho y la ropa sudada. Él va cada día a su roza y trabaja desde las cinco de la mañana, hasta poco antes de que la bola de fuego del mediodía lo abrace y lo